

Augustin Ramazani Bishwende

El futuro de los institutos misioneros en África

Augustin Ramazani Bishwende es sacerdote de la diócesis de Uvira, República Democrática del Congo. Tiene un doctorado en Teología, dado por la Universidad de Ciencias Humanas de Estrasburgo y otro en Ciencias sociales de las religiones, otorgado por la Escuela Práctica de Altos Estudios (Sorbona). Su obra La Iglesia, familia de Dios. Esbozo de una eclesiología africana, apareció en las ediciones L'Harmattan, 2001.

Sería indecente pensar que las Iglesias de África puedan dejar de lado los institutos misioneros. Ellos son, en medio de las Iglesias locales, signos de santidad, de fraternidad y de la venida del Reino, siempre y cuando se inculturán profundamente.

Siguiendo las huellas del Sínodo africano de 1994, que significó un kairós para la Iglesia del continente negro, dentro del contexto de un África actual en plena mutación, que busca vías y medios de renacimiento, parecería inoportuno preguntarse si los Institutos misioneros son útiles aún en el devenir cristiano de África. El continente africano, así como las Iglesias, requiere de todos los actores sociales y de todas las fuerzas vivas para poder modelar su rostro y construir su futuro: religiosos misioneros extranjeros y autóctonos, sacerdotes diocesanos y miembros de congregaciones diocesanas, miembros de los institutos seculares, miembros de sociedades de vida apostólica, extranjeros o no, en resumen, requieren del conjunto del pueblo de Dios. No obstante, a pesar de la esperanza surgida por el proyecto del Sínodo africano, de edificar una Iglesia auténticamente africana, ¿no sería lógico que los institutos misioneros reflexionen de una nueva manera sobre su misión, a fin de conciliar su carisma con la nueva realidad? La pregunta a plantearse ahora sería: ¿los institutos misioneros venidos de Europa no necesitarían una renovación, con el fin de vivir fielmente su carisma de anuncio del evangelio, contribuyendo de este modo al resplandecimiento misionero de las Iglesias locales? ¿Cómo pueden estos armonizar, por una parte, la fidelidad a la tradición religiosa de las instituciones "madres" (de origen), con la exigencia africana de inculturación, ligada a la novedad y a la libertad del Espíritu Santo?

En primer lugar, demostraremos que África estaría moribunda si no tuviera una búsqueda de vida espiritual. En este plano, los institutos misioneros ocupan un lugar primordial, con la condición de mantener y perseguir los esfuerzos realizados sobre la inculturación. Luego, intentaremos establecer el vínculo entre la vida religiosa y el pensamiento teológico. A menudo, el religioso misionero vive un desgarramiento en sí mismo, vive un conflicto interior muy normal y, a veces, muy difícil de sobrellevar. ¿Cómo reconciliar, por un lado, su carisma religioso, la teología misionera recibida antes de ir a los países de misión, su cultura, y, por otro lado, la misión de edificar la Iglesia local con el debido respeto a la teología africana y a la cultura del pueblo que se quiere evangelizar? En fin, en el corazón de un África en transformación, los institutos misioneros deberían renovarse sin cesar, con el fin de vivir su carisma de anuncio del evangelio.

1. La pertinencia de los institutos misioneros en África

El artículo "la de-misión" de Eboussi Boulaga, donde se pregonaba la partida inmediata y sin condición de los misioneros, y la moratoria de la Conferencia de las Iglesias de toda el África (CETA), en 1974, y donde se proponía la suspensión momentánea del envío de misioneros y subsidios al África, crearon cierta sicosis en los medios eclesiásticos occidentales y, más particularmente, en los romanos. Desde entonces, aun cuando los ánimos se han calmado, los esfuerzos de inculturación del evangelio en los países del sur, a menudo son interpretados como una búsqueda de autonomía y de separación de las Iglesias africanas con relación a Roma. No obstante, la inculturación ejecuta el misterio de la Encarnación y de la Redención en las diferentes culturas históricas de la humanidad. Se ha convertido en una evidencia teológica que, sin embargo, tiene dificultad para penetrar en la praxis eclesial y en el ánimo de los responsables. La deseada partida de los misioneros debería comprenderse como una condición previa para que las Iglesias africanas no sean siempre Iglesias asistidas (Luneau, 1997, 120s), "bajo tutela" (Hebga, 1976), a remolque de las Iglesias occidentales. África no puede prescindir de los institutos misioneros, porque los religiosos, a imitación de Cristo, manifiestan de manera particular el llamado a la santidad dirigido a todos los cristianos. Su fidelidad a los consejos evangélicos, a través del

testimonio de vida fraterna, constituye dentro de la historia la expresión y el signo del reino que está por venir.

Un llamado a la santidad

"Ustedes sean perfectos, como su Padre celestial es perfecto" (Mt 5,48). La perfección del amor evangélico que Cristo recomienda a sus discípulos es un llamado universal dirigido no solo a los religiosos, sino a todas las personas. Don de Dios, la santidad es a la vez una exigencia de amor y un proyecto de vida para el ser humano. Ciertamente, la santidad de los discípulos de Cristo debería corresponder a la de Dios, atravesada por una dinámica escatológica, la cual se manifiesta ya "por los frutos de la gracia que el Espíritu produce en los fieles" (LG, 39). San Pablo va más lejos, cuando dice a los cristianos de Tesalónica: "Porque esta es la voluntad de Dios: que vivan como consagrados a él, y huyan de la lujuria. Que cada uno de ustedes viva santa y respetuosamente con su mujer, sin dejarse llevar por la pasión, como lo hacen los paganos que no conocen a Dios" (1 Tes 4,3-5). En este caso preciso, la santidad está unida a la pureza del corazón y al amor fraterno: amar a Dios y amar al prójimo como Cristo nos ha amado. Pero la perfección del amor será plenamente vivida al final de los tiempos, cuando nuestros corazones reposarán en el corazón de Dios, torrente desbordante de amor (San Agustín).

La perfección no es específica del Cristianismo, es parte de la naturaleza humana. Se expresa a través de este deseo que habita en el ser humano de ir hacia una vida mejor. La liturgia congoleña lo expresa al principio de la misa con la invocación a los ancestros, esos "santos desconocidos" que no conocieron a Cristo cuando vivían pero que, sin embargo, buscaron a Dios con un corazón sincero. ¿Acaso no estaban ellos orientados ya hacia el día del Señor?

La irrupción definitiva de Jesucristo en la historia humana da un nuevo concepto a la noción de santidad. En lo sucesivo, los cristianos son divinizados por Dios en la humanidad de Jesús, por el poder del Espíritu Santo. "Llamados por Dios... justificados en Jesús nuestro Señor, los discípulos de Cristo se convierten verdaderamente, por el bautizo de la fe, en hijos de Dios, partícipes de la naturaleza divina y, por consiguiente, realmente santos" (LG, 40).

Aun cuando la vida de algunos religiosos misioneros no siempre es muy radiante, debido a su consagración a Dios a través de los consejos evangélicos, constituyen para el África un luminoso testimonio, una manifestación de la santidad de Dios. Su presencia en medio de los africanos es una invitación permanente a seguir sin descanso el camino de la perfección del amor. Aparte de los mártires de Uganda — Anuarite Nengapeta, Isidoro Bakanja, Bakhita... — cuyas virtudes heroicas han sido reconocidas por la Iglesia, las jóvenes Iglesias africanas necesitan para su vitalidad que ciertos cristianos — obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas, gente casada — sean proclamados modelos de santidad. Desgraciadamente, debido a la falta de medios financieros, muchos de los santos africanos permanecen desconocidos, aun cuando, gracias a sus virtudes, podrían servir de modelos para las Iglesias africanas. Una vida religiosa que tiene como fuente e influencia la reflexión y la meditación del evangelio, contribuirá a dar a los cristianos africanos la sed y el gusto de Dios, en suma, el deseo de la santidad.

Un testimonio de vida fraterna

El resplandor de la vida religiosa no solo se debe al ideal de santidad que los religiosos misioneros persiguen y se esfuerzan por manifestar al mundo. Depende también del testimonio de vida fraterna que viven en sus comunidades. Gracias a la fraternidad vivida en lo cotidiano, los religiosos muestran al mundo que el amor es el único lenguaje del Espíritu Santo que permite a gentes de todas las razas, lenguas, pueblos y naciones comprenderse y caminar juntos en la ruta de la humanidad y de la eternidad. "En el grupo de los creyentes todos pensaban y sentían lo mismo, y nadie consideraba como propio nada de lo que poseía, sino que tenían en común todas las cosas" (Hch 4,32).

Si la apuesta del evangelio debe vivirse cada día en la fraternidad, la vida religiosa podría ayudar a los africanos a quererse más mutuamente. África es un continente dividido por las guerras étnicas, tribales, regionales. El testimonio de los religiosos misioneros reúne a menudo estas diversidades en el seno de una misma comunidad, permitiendo surgir y ampliar nuestra fraternidad tribal, nuestra

solidaridad clánica a las dimensiones del amor universal propuesto por el evangelio. ¿Acaso el amor no borra las fronteras entre blancos, negros o amarillos; entre ricos o pobres, el norte o el sur?

En la perspectiva de la eclesiología de la Iglesia familia de Dios, la vida religiosa debe convertirse en un lugar de fraternidad y de amor"... Partimos de esta idea, de que la fraternidad es una familia; siendo una familia, se vuelve un lugar de oración y de recogimiento, pero también debe, en ciertos momentos, convertirse en un lugar de descanso y recreación, incluso de recreación bulliciosa; una fraternidad severa y sin alegría no permite a la persona desarrollarse" (Lukumena, 1989, 212).

Así pues, los jóvenes africanos que se vuelven miembros de estos institutos misioneros debido a la consagración de sus votos religiosos, viven en lo cotidiano una experiencia espiritual fecunda de mezcla de culturas, una experiencia de diálogo y a veces de discordia. Su camino vocacional les obliga a asumir el impacto de las culturas, en el seno de una comunidad internacional. Ellos podrían convertirse en artesanos de reconciliación y perdón, de unidad y comunión en el seno de nuestras Iglesias locales, paralizadas, a menudo, por conflictos étnicos, por tensiones inconfesables debido a la búsqueda de poder y de intereses materiales. ¿Por qué estos jóvenes misioneros africanos no podrían convertirse en actores de la re-evangelización de las Iglesias de la antigua cristiandad?

El signo del reino que vendrá

La vida religiosa no es solo una aspiración al ideal de santidad y un testimonio de vida fraterna, "ofrece también a la Iglesia local la visión anticipada del reino que vendrá, un reino donde todas las razas y tribus vivirán en la unidad del amor" (Ancilla s.a, 220).

El Vaticano II nos muestra que "la norma última de la vida religiosa sigue siendo el seguir a Cristo según la enseñanza del evangelio, esta debe ser seguida por todos los institutos como su regla suprema" (PC, 2). Ahora bien, los religiosos misioneros al optar por la prioridad de Cristo y el camino de su seguimiento (la *sequela Christi*), se presentan en el corazón del mundo como un signo de la presencia misericordiosa de Dios. Manifiestan a través de su consagración, el amor del reino y su urgencia. La *sequela Christi*, lema de toda vida religiosa, es la condición sine qua non e indispensable para tener un lugar en el reino. Ahora bien, el reino de los cielos es Cristo y se halla entonces en la predicación de Cristo, en su vida, su muerte y su resurrección. El reino está presente de manera permanente en la vida contemplativa, una vida de oración vivida por los religiosos misioneros como alimento que nutre su vida apostólica y en la cena eucarística comunitaria celebrada cotidianamente.

La concepción tradicional del pueblo respecto a los ancestros, como un lugar "paradisiaco" donde sobreviven los antepasados fallecidos, ¿puede ayudar a los africanos a comprender el misterio del reino de los cielos? Los religiosos misioneros en África, cuya consagración manifiesta una realidad que vendrá, deberían ayudar a las Iglesias locales africanas a consolidar, a la luz del evangelio, su creencia en la solidaridad profunda que existe entre los vivos y los muertos en la búsqueda de una vida plena. Partiendo del rito congoleño de la misa, Kabasele nos muestra que "la dimensión escatológica se manifiesta en las religiones tradicionales africanas a través de la correlación fuertemente marcada entre el presente y el futuro, en la compenetración del más allá y del aquí (evocación de los ancestros y de los difuntos) por la asociación de todo el cosmos al advenimiento que se celebra, en el proceso de crecimiento de la vida".¹

2. La vida religiosa y la hermenéutica de la inculturación en África

Acabamos de mostrar el lazo profundo que existe entre la vida religiosa y las realidades del Cristianismo: ideal de santidad, vida fraterna y misterio del reino de los cielos. Visto bajo este ángulo, el religioso misionero es, supuestamente, una persona conmovida por la experiencia del encuentro amoroso con Cristo Resucitado. No viene a promoverse o a anunciar su cultura, sino que viene para anunciar el evangelio de Jesús, ideal supremo de su vida religiosa y luz del mundo. A partir del evangelio podrá realizar una verdadera síntesis entre la tradición religiosa de su instituto y la exigencia africana de la inculturación, unida a su misión, y así ayudar a edificar la Iglesia local. De hecho, fuera de las grandes órdenes, quienes comprenden fácilmente que la evangelización debe estar fundada en una teología contextual, sucede a veces que los misioneros son indiferentes a la búsqueda de la inteligencia de la fe en el seno de una Iglesia local. África no necesita apóstoles, finos conocedores de las "Cartas o Instrucciones para los países de misión", sino misioneros que acepten humildemente ser una presencia de amor en medio de nuestro

pueblo. Viviendo codo a codo con los cristianos, en el baobab africano, pueden enriquecerse espiritualmente y descubrir lo que conviene para su vida apostólica. Antes de ponerse al servicio de una Iglesia local, ¿no debería el misionero seguir su formación más bien en las instituciones africanas de teología? si se quiere que su pastoral sea llevada en la perspectiva de las orientaciones trazadas a la vez por el SECAM y por cada Iglesia local.

El esfuerzo de inculturación debe realizarse en tres direcciones teológicas:

La búsqueda de la identidad africana

Los africanos tienen cada vez más conciencia de que el Cristianismo, llamado antes la "religión de los colonos", ya no es extranjero en África. Cristo se ha convertido realmente en un africano y le gusta estar ahí. Desde el Vaticano II se llevó a cabo un esfuerzo considerable por parte de los obispos, sacerdotes y teólogos africanos, a fin de inculturar el evangelio en África.

Es urgente que la evangelización de la Iglesia africana, frente a la evolución de las costumbres en nuestro mundo post-moderno, se apoye en un diálogo permanente entre el evangelio y las culturas africanas contemporáneas, el Cristianismo africano debe encontrar otro rostro, diferente al del Cristianismo occidental. *La contribución espiritual que los religiosos y religiosas deben aportar a África es la primacía del ser humano interior.* Iluminados y guiados por el evangelio, deben extraer de la herencia de las culturas africanas el alimento espiritual que pueda edificar al hombre africano. Ngindu Mushete muestra claramente que "la devorante necesidad de acción de nuestra época conlleva un grave peligro. Corre el riesgo de hacernos olvidar esta regla de oro: la primacía de la persona interior. Las más bellas reformas de las estructuras, los esfuerzos más intencionados en el orden social y cultural no sirven de nada sin la inculturación de las personas, sin la renovación permanente de los corazones, sin el regreso constante a las fuentes de lo divino. Hay que insistir en ello pidiendo a los maestros más calificados de la vida espiritual decirnos cómo enfocan para los hombres y mujeres de nuestro tiempo y de nuestro continente los medios para mantener y hacer progresar su vida interior a través de las dificultades presentes" (Ngindu Mushete 1989, 285).

La política misionera actual no puede ser la de tabla rasa: considerar a los valores africanos como un paganismo que hay que destruir, sino que se deben asumir, sin complejos, los valores de nuestras culturas africanas, a la luz del espíritu del evangelio, para que podamos hallar "los elementos de un nuevo lenguaje teológico, de una nueva espiritualidad cristiana, de una arquitectura, de un arte, de una liturgia, de un concepto de la autoridad, de una organización de las comunidades cristianas profundamente enraizadas en nuestra tierra" (*ibid.*, 285).

Ahora se habla cada vez más de la globalización, en todos los niveles de la vida humana, y África no puede estar al margen de la globalización ni de las ideologías occidentales. El esfuerzo de inculturación en África ayudaría a los africanos a colaborar a la planetarización del mundo moderno, salvaguardando su africanidad. Los religiosos y religiosas africanos y no africanos, viviendo en el seno de su comunidad respectiva la tensión dialéctica entre lo universal y lo particular, deberían ayudar al África a asumir lo universal sin ahogarse y a asumir lo particular sin encerrarse.

La liberación de nuestros países y de nuestras Iglesias

El África contemporánea "está saturada de problemas: en casi todas las naciones hay una miseria tremenda, una mala administración de los pocos recursos disponibles, inestabilidad política y desorientación social. El resultado salta a la vista: miseria, guerras, desesperanza. En un mundo controlado por las naciones ricas y poderosas, el África se ha convertido prácticamente en un apéndice sin importancia, a menudo ignorado por todos" (EA, 40).

En el contexto de un África pobre, bajo el prolongamiento más o menos camuflado del neocolonialismo, ¿cuál puede ser el papel asumido por los institutos misioneros? La mayoría de los religiosos misioneros extranjeros que han evangelizado África han venido del norte, de los países ricos. Admiramos el valor y la fe que han tenido al venir a vivir en un medio de pobres, aunque aparezcan para nosotros como ricos. Y algunos ciertamente son ricos, pues reciben subsidios de los cristianos de su país de origen. ¿Puede consistir la evangelización únicamente en el anuncio del evangelio, dejando al pueblo que se evangeliza podrirse en la miseria? El carisma de la vida religiosa es un carisma esencialmente profético, que dinamiza la vida apostólica con el fin de aclarar, a través del evangelio, las estructuras injustas y opresivas. El evangelio empuja a combatir los sistemas políticos dictatoriales, la explotación en todas sus formas... en suma, a tomar en serio, en nombre de la escatología, el momento presente como un tiempo de salvación para liberarse de la servidumbre del pecado y de la muerte social. La vida religiosa no se reduce entonces al anuncio del evangelio, la oración y la vida fraterna sino que también es servicio a la vida de la gente y de las comunidades, en un contexto concreto: agua potable, instrucción, escuelas, hospitales, autosuficiencia alimenticia, vivienda, energía eléctrica...

Este es el precio para que el evangelio constituya una "Buena Nueva" para el africano. "De todas formas, parece difícil asumir los aportes y el mensaje del Sínodo para el África sin darse cuenta de que Dios se sitúa hoy fuera de los templos. Es ahí donde tenemos que ir para encontrar al Señor de la vida en el camino de nuestra historia" (Ela s.a., 18).

Si los religiosos misioneros quieren contribuir a la edificación de nuestras Iglesias, lo harán siempre y cuando ejerzan, sobre todo, su carisma profético en el seno de nuestras comunidades eclesiales vivientes. Ha llegado la hora del cambio de método para una mayor eficacia práctica; los religiosos misioneros pueden ayudarnos ejerciendo su carisma profético, en el seno de las comunidades de base, a fin de entusiasmar a más de una persona a tomar conciencia de la novedad del evangelio. Esta novedad radica en la liberación a la vez espiritual, cultural, socioeconómica y política.

La edificación de una comunidad histórica, eclesial y socio-humana

Si el objetivo de la evangelización es el de liberar al africano en su totalidad, es decir, en todas las dimensiones de su vida humana y espiritual, la clave de este proyecto es la de hacer llegar el reino de Dios a la historia africana. La tentación actual sería encerrarse en el diálogo del evangelio con la cultura, precipitarse en la liberación temporal. Sin embargo, el africano es un ser enredado en la memoria de su condicionamiento socio-histórico que le hace vivir y lo proyecta al futuro. Nuestras diferentes acciones liberadoras deben hacer llegar y actualizar imperativamente la salvación escatológica.

Los religiosos misioneros, por medio de su fidelidad a los consejos evangélicos, nos recuerdan que la fe cristiana fundada en la muerte y resurrección de Cristo, es una "memoria subversiva", una "memoria peligrosa". No solo tiene "la capacidad de cuestionar los límites del presente, (sino también) de ampliar las esperanzas de una época hacia todas las riquezas del futuro, espirituales e históricas, sugeridas en el evangelio por el tema del reino de Dios" (Gatti, 1979, 129). Tiene el mérito de abrirnos a la importante dimensión de la historia, aquella que se hace cargo de lo inacabado, y trabajar en el cumplimiento de nuestro ser, cuyo futuro, Cristo, es la clave fundamental.

Notas

¹ Kabasele–Lumbala 1983, 207. Cf. Kabasele–Lumbala 1987, 195-200; 301-310.

Bibliografía

- Ancilla (s.a.) *Testimonios de las Clarisas de Cabinda, Vie monastique et Inculturation...*
- Ela, J.M. (s.a.) Rencontrer Dieu sur le chemin de notre histoire. En *El Sínodo africano, historia y textos*.
- Gatti G., Espérance (1979) *Les grands thèmes de la foi*, París (Desclée).
- Hebga, Meinrad P. (1976) *Emancipation d'Eglises sous tutelle. Essai sur l'ère post-missionnaire*, París (Présence Africaine).
- Kabasele–Lumbala, François (1983) *Des rites nouveaux de consécration religieuse au Zaïre*. Tesis presentada para la obtención del doctorado en Ciencias Teológicas del tercer ciclo. Instituto Católico de París (texto inédito).
- Kabasele–Lumbala, François (1987) *Alliances avec le Christ en Afrique. Inculturation des rites religieux au Zaïre*, Atenas (Las ediciones históricas S.D. Basilopoulos).
- Lukumuena (1989) *L'expérience franciscaine au Zaïre. Vie monastique et Inculturation à la lumière des traditions et situation africaines. Actes del Coloquio internacional*, Kinshasa, 19-25 febrero 1989, Kinshasa (Éditions Saint–Paul).
- Luneau, R. (1997) *Paroles et silences du Synode africain: 1989-1995*, París (Karthala).
- Ngindu Mushete (1989) Contribution de la vie monastique a la théologie de l'inculturation, en *Afrique, Vie monastique et Inculturation a la lumière des traditions et situation africaines, Actas del Coloquio internacional*, Kinshasa, 19-25 de febrero 1989, Kinshasa (Éditions Saint–Paul).

Ref.: *Spiritus (Edición hispanoamericana)*, año 43/2, n. 167, junio de 2002, pp. 73-82.

[Augustin Ramazani Bishwende

16, impasse Maciet — F-77100 Meaux — Francia]

Traducción: Cecilia Borja P.